

VIAJE DE IDA Y VUELTA... al mundo.

Ángel Cabello y su familia no son unos Phileas Fogg contemporáneos: no luchan contra el calendario sino contra las desigualdades que encuentran en su periplo.

Por JESÚS ANDRÉS FOTOS ANGEL CABELLO

Todo comenzó con un vuelo Barcelona – Nueva York, hace prácticamente un año. Los cuatro miembros de esta familia solo llevaban billete de ida. Doce meses después, aún no tienen fijada la fecha de su regreso ni saben cuántas escalas les quedan por efectuar. Ángel, Diana y los pequeños Ishi y Noa han recorrido América de punta a punta. Ahora, ya en la otra orilla del Pacífico, se preparan para la segunda mitad de un periplo apasionante, que tiene además un trasfondo solidario.

“En junio”, cuenta Ángel, “hemos disfrutado de nuestros últimos días en Japón. El idioma, la cultura, los colores, los olores, la comida, las personas... ¡son tan sorprendentes!”. De hecho, la estancia en Tokyo ha dado para muchas anécdotas. “Había en la calle un plano lleno de signos ininteligibles...”, explica, “un señor trajeado nos ofreció, en inglés, su ayuda. Nos indicó que debíamos ir justo en la dirección contraria. Nosotros dudábamos. Su mujer se acercó y... ¡nos dio la razón! ¡A todos se nos contagió la risa!”.

La familia tiene previsto su paso por China las próximas semanas. “Recorrer Asia va a ser inspirador”, reconoce Ángel, “viajar así nos permite seguir viendo el mundo con grandes ojos de niño”.

¿Y la última parada? “Por supuesto, será Barcelona”, responde Ángel con complicidad, “pero la precedente todavía no está definida. Supongo que al ir llegando a tierras y culturas más cercanas, se juntarán un sinfín de sensaciones: los nervios por la llegada, la alegría por ver de nuevo a los tuyos, las incertidumbres del volver a integrarte sin tanto ajetreo, la inquietud del fin de una odisea, el inicio de nuevos momentos, el poder compartir nuestra experiencia y un largo etcétera que no cuesta imaginar”. “Probablemente, ese último peldaño será

Estambul, Atenas, Roma o París”, enumera, “y si me preguntas el porqué, la verdad no hay un motivo”. “Este viaje”, nos aclara, “es una experiencia de crecimiento, familiar e individual. Se financia con nuestros ahorros. Unos deciden esperar a jubilarse para poder realizar algún sueño, nosotros pensamos que los sueños se persiguen en su momento”.

Esta utopía hecha realidad se aleja del concepto que muchos turistas al uso tendrían de una vuelta al mundo. “Intentamos”, prosigue, “alojarnos con familias de los lugares que visitamos”.

Formamos parte de una red de “couchsurfing”, en la que personas de todo el mundo comparten su hogar y conviven con otras personas por unos días: “La calidez de un hogar”, añade, “no te la aporta ningún hotel, hostel o albergue. Tratamos de elegir familias que también tengan hijos pequeños. Así, Ishi y Noa disfrutaron más del viaje y nos permiten contactar con escuelas locales, para que participen en el proyecto Education”.

La solidaridad y el intercambio cultural son las razones de ser de este viaje. “Education”, explica Ángel, “es una ONG que nace para apoyar, en materia de educación y desarrollo, a las poblaciones desfavorecidas que nos vamos encontrando. Allá donde vamos, proponemos a las escuelas que compartan con nosotros alguna actividad cultural”. A veces, se llega incluso más lejos: “En Panamá, convivimos con los indígenas Kunas, en la comarca de Kuna Yala”, dice Ángel, “estuvimos 11 días con ellos en la isla Digir Dupu. Al ver sus dificultades, surgió la posibilidad de poder ayudarles a financiar un proyecto de gestión de residuos”. Pero hay más.

“En Ecuador”, comenta, “colaboramos con un proyecto de turismo vivencial, que consiste en que la gente pueda





De Canadá a Perú, pasando por México, Bolivia, Ecuador... la familia de Ángel Cabello ha recorrido Sudamérica de punta a punta.

visitar comunidades indígenas y convivir con ellas sabiendo que parte del coste del viaje se destinará a proyectos de cooperación”.

Ángel, que antes de embarcarse en esta aventura había desarrollado una amplia carrera como cooperante, defiende que estas iniciativas solidarias serán duraderas a largo plazo. “Cuando regresemos a España”, asegura “pondremos todo nuestro esfuerzo para que dicha colaboración vaya asentándose y creciendo en el futuro”. De momento, en el proyecto Educacton participan desde España las escuelas de la localidad donde la familia reside, Santa María de Palautordera (Barcelona) y otros centros en México, Panamá, Bolivia y Brasil.

Precisamente, la educación de Ishi y Noa, que su *currículum* académico no se vea afectado por el viaje, es otro reto para la familia. “De darles clase a nuestros hijos”, explica Ángel, “nos encargamos nosotros mismos”. “Es complicado”, reconoce, “alternar los roles de padre y de profesor... Pero, aprender palpando, escuchando, conociendo desde la realidad tiene un valor añadido incalculable”. Diana y él están convencidos de que “los conocimientos derivados de la experiencia que están teniendo nuestros hijos son más enriquecedores que una enseñanza reglada convencional”.

Organizarse, pues, es esencial, aunque Ángel también reconoce que “la improvisación puede salvar el día: que un contratiempo no trastorne tus planes, que los enriquezca”. “En nuestro caso”, aduce, “el secreto es observar a los niños: si están cansados, nos quedamos leyendo un libro; si están con energía, salimos a disfrutar de este hermoso mundo y de su gente, que lo hace tan especial”. Sobre esas personas que, desde casa, les echan de menos, este padre de familia opina que “alejarte de tus raíces te hace saborearlas y valorarlas, se fortalecen. El resto de nuestra familia son un gran apoyo. Se han habituado a nuestras idas y venidas. Los reencuentros son especialmente cálidos”.

Viajar también relativiza el valor de lo material. Dice Ángel que cuentan “solo con 2 mochilas y no podemos



transportar nada que no quepa en ellas”, de ahí que Ishi y Noa eligieran concienzudamente los juguetes que podían llevar consigo. “Uno de los valores que queremos transmitir a nuestros hijos es el ‘más ser y menos tener’, y este viaje nos está ayudando a ello”, afirma. “Esperamos, además, que les sirva para crecer como personas, con una mentalidad abierta y sin prejuicios”. Ángel está convencido de que “viajar y conocer este mundo con ellos es el mejor legado que podemos dejar a nuestros hijos”.

